

movido principalmente el ver demostrada la inocencia de mi Orden en los mismos medios que algunos emplearon para difamarla. Y aquí estriba (si alguno tiene) el mérito de este libro: en los documentos inéditos que le acompañan, y en otros de que he hecho frecuente uso, y que no pueden publicarse ahora por no engrosar el volumen».

He querido copiar estas palabras del ejemplar insustituible de la primera edición de 1895, «presto el atento oído al son dulce acordado» del corazón de un fraile: fraile de nombre y de santa profesión. Pero la actual

edición recoge también los documentos que el *maestro* no publicó *por no engrosar el volumen*, y los ofrece en apéndice, pp. 295-375.

Me queda decir al lector que, si toma este libro entre sus manos, bajo sus ojos, podrá gloriarse de haberse sentado a los pies del sabio. Y, sin ninguna duda, aprenderá cosas que en el siglo XVIII y XIX algunos reputados *papàveri* no habían aprendido. O ¿es, tal vez, que las habían menospreciado?

Enrique DE LA LAMA
Universidad de Navarra

M^a Dolores GARCÍA GÓMEZ, *Testigos de la memoria. Los inventarios de las bibliotecas de la Compañía de Jesús en la expulsión de 1767*, Universidad de Alicante, Alicante 2010, 434 pp.

Hace tiempo que los libros, las bibliotecas, los manuscritos, etc. han constituido para los investigadores un foco de atracción irresistible para el conocimiento de la memoria histórica. Atrás quedan investigaciones ya clásicas de M. Focault, R. Chartier, D. Julia, etc. sobre lectores y libros en la Edad Moderna, que marcaron sensibilidades y abrieron caminos a seguir.

En ese marco de investigación, sumamente dinámico, era evidente que no podían quedar al margen los depósitos documentales de la Compañía de Jesús. Los inventarios de sus bibliotecas representan, quizás, uno de los referentes documentales más importantes para estudiar las sensibilidades culturales en la Edad Moderna. En el caso de España, autores como Simón Díaz, Valentín Vázquez de Prada, Araceli Guglieri, Bernabé Bartolomé, Aurora de Miguel, Arias Saavedra, Sánchez Barea, García Gómez, etc. habían abordado el tema con una vocación de escudriñar las corrientes culturales de bibliotecas concretas en el marco de un océano inmenso. Labor

extraordinariamente rica que a lo largo del tiempo ha posibilitado un depósito documental ya trabajado que, tarde o temprano, habría que analizar en su conjunto.

Este es precisamente el propósito de la obra que traemos a colación. Se trata de un intento loable por presentar el estado de la cuestión sobre las bibliotecas jesuíticas en la Edad Moderna española. La autora, ya veterana en estas lides, sabe muy bien los terrenos que pisa y las dificultades que entraña una investigación de esta naturaleza. Ella misma, a título de frontispicio de la obra, nos dice que lo que pretende es delimitar lo ya hecho para analizarlo y cotejarlo, recurrir a las fuentes para elaborar un censo fiable de los documentos existentes y, finalmente, hacer una evaluación de todo ese proceso para animar y alentar futuras investigaciones.

Un intento, ambicioso y muy loable, que divide en ocho partes o capítulos muy acordes con las hipótesis que presenta. En primer lugar, plantea un capítulo obligado: el sentido del libro y la importancia de las bibliotecas

en la Compañía de Jesús. Y, ya de entrada, responde a una cuestión que muchos investigadores se han planteado: ¿por qué no aparecen más catálogos de bibliotecas jesuíticas debiéndonos servir de los inventarios de Campomanes? La respuesta es sencilla: seguramente porque los catálogos no fueron tan numerosos como en un principio se creía. Es posible –dice– que algunos bibliotecarios hicieran alguna dejación de sus responsabilidades y que no fueran todo lo rigurosos que la *Ratio* exigía en este aspecto. Dependía en muchos casos de la entidad y vida de la biblioteca.

En segundo lugar, la autora hace un recorrido muy sugerente por los centros documentales que nos proporcionan noticias sobre los inventarios jesuíticos. En sus páginas aparecen noticias sobre las prestaciones que al respecto nos dan el Archivo Histórico Nacional, la Biblioteca de la Academia de la Historia, el Archivo Histórico de Simancas y la Biblioteca Nacional de Madrid. Como experta en el tema, la autora sabe que muchas de las firmas de esos depósitos son erróneas o remiten a catálogos incompletos, por lo que aboga por una acribia muy necesaria que nos facilite navegar por esos fondos con más seguridad y esperanza.

En el tercer capítulo, la doctora García Gómez somete a consideración los inventarios reconocidos. Los fondos de las bibliotecas de Madrid, Bilbao, Granada, Albacete, Tudela, Pamplona y un largo etcétera van pasando por su análisis riguroso. Un recorrido desigual que, al verlo en su conjunto, pone de manifiesto –y es rigurosamente cierto– lo mucho ya hecho, pero sobre todo muestra la tarea ingente que queda por realizar y especialmente otras formas y modos de análisis.

Los tres capítulos siguientes se refieren a ejemplos concretos de bibliotecas en la Provincia de Aragón, a cómo ver diferen-

cias entre las bibliotecas y cómo escudriñar a través de sus fondos realidades intelectuales. Una trilogía muy interesante que pone al descubierto buena parte de la praxis jesuítica sobre la formación y la cultura, a la vez que demuestra cómo, en el marco común de sus bibliotecas jesuíticas, hubo sensibilidades distintas según contextos y circunstancias que el historiador no puede dejar de ignorar y comentar.

En el penúltimo capítulo, García Gómez plantea, a modo de conclusión, cómo el estudio las bibliotecas jesuíticas puede disipar algunos estereotipos sobre la Compañía de Jesús que existen actualmente. Adentrarnos en sus bibliotecas es una oportunidad única para conocer las corrientes culturales en las que bebieron los jesuitas en la Edad Moderna, los perfiles intelectuales de la época, los caminos y lugares de edición, la puesta al día de los temas... Aunque algunas preguntas perennes sobre cuanto leían, cuándo llegaban los libros y otras semejantes queden sin respuesta.

Cierra la obra un capítulo extenso sobre una bibliografía exhaustiva –con alguna laguna llamativa–, acompañada de un elenco de fuentes amplio y lo que quizá es más importante: un apéndice documental de tres colegios mallorquines que reflejan muy bien cómo fueron realmente los inventarios jesuíticos surgidos de las instrucciones de Campomanes.

Estamos, en definitiva, ante una obra que, como dice su prologuista –Teófanos Egido– ha sido escrita con señorío y, por lo mismo, con sencillez. Una obra que a buen seguro no dejará indiferente a cualquier especialista que se acerque a escudriñar la historia del libro en la Compañía de Jesús hispana en la Edad Moderna.

Javier VERGARA CIORDIA
UNED